

# el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

**LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO:** la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoralista, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

**Suplemento 2 al  
N° 19 - Mayo de 2020**

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ;  
1'5£ América del Norte: US \$ 2  
América Latina: US \$ 1'5

*Acerca de la pandemia Covid-19*

## Coronavirus, pandemia y cinismo burgués

El bloqueo de las actividades industriales, comerciales y de servicios, debido al confinamiento forzoso de la mayoría de los trabajadores que los gobiernos han decretado, comenzando uno tras otro, desde China -donde el nuevo virus llamado Covid-19 comenzó su gira mundial- ha inducido, desde el principio, a los gobernantes, economistas y expertos de todos los sectores a temer que esta epidemia, si se hubiera propagado a nivel mundial, podría haber causado una reducción significativa del PIB de las economías más avanzadas.

A finales de diciembre de 2019, Japón, donde se produjo la primera muerte, informó a la Organización Mundial de la Salud (OMS) de que había aparecido una nueva enfermedad epidémica de coronavirus en la ciudad de Wuhan, capital de la provincia de Hubei, en el centro de China, pero la epidemia se hizo oficial el 16 de enero de 2020 (1); sin duda, las cancillerías de los países capitalistas más desarrollados empezaron a preocuparse, dadas las muy estrechas relaciones comerciales con China. El recuerdo de la epidemia de MERS de 2012, e incluso antes de la del SARS de 2002-2003, no podía dejar de alertar a todas las cancillerías. En 2003, el SARS, originario de China, «afectó a varios miles de personas, extendiéndose por los viajes aéreos a diferentes regiones del mundo y causando unas 800 muertes». Pero en 2012, en las regiones del Oriente Medio, apareció otro coronavirus, llamado Mers-CoV, que actualmente circula en 27 países de todo el mundo, aunque el 80% de los casos se concentran en Arabia Saudita, y ha causado unos 2500 casos de infección con más de 800 muertes» (2). A pesar de la preocupación por la posible propagación de la nueva epidemia de coronavirus, todas las cancillerías prefirieron creer que el nuevo coronavirus no se propagaría tan rápidamente por el mundo como lo hizo y que no era tan contagioso y letal como los anteriores. Debería haber bastado con limitar el contacto con China y hacer un seguimiento de los casos de neumonía con síntomas similares a los encontrados en China y Japón.

También el 16 de enero, el Centro Europeo para la Prevención y el Control de las Enfermedades (ECDC), un organismo de la UE, sostuvo que las probabilidades de que el virus llegase a la UE se consideraban bajas. Por otra parte, aun-

que llegase infectando a algunas docenas de personas e incluso a algunas muertes, ¡no podría detener una economía que ya había mostrado signos de dificultad en el último trimestre de 2019!

Entre finales de enero y la primera mitad de febrero, el nuevo coronavirus 2019-nCoV, como lo ha llamado la OMS, había empezado a causar tanta preocupación que llevó a las autoridades chinas a cerrar la ciudad de Wuhan y al gobierno ruso a cerrar la frontera con China. Los gobiernos de la Unión Europea permanecieron... esperando los acontecimientos. En la última semana de febrero, en Italia, la Covid-19 comenzó a hacerse oír; las estadísticas - que en estos casos son siempre más bajas, y mucho más bajas, que la realidad, dado que los casos salen a la luz sólo cuando la enfermedad ha progresado mucho y los infectados, hospitalizados, comienzan a llenar las salas de reanimación - dicen que en la última semana de febrero los casos positivos son 821 (limitados a los municipios de Lodi, y en Padua), para elevarse, en los primeros diez días de marzo, a 8.514, a 28.710 para el 18 de marzo, a 75.528 para el 30 de marzo, a 93.187 para el 6 de abril, a 106.962 para el 17 de abril. Las muertes en el mismo período ascendieron oficialmente a 22.745 (3). La rapidez de los contagios es directamente proporcional a la insipidez y estupidez de los poderes políticos y económicos; la mortalidad de los contagios es a su vez directamente proporcional a la falta absoluta de prevención real, como si las epidemias anteriores no hubieran dejado ninguna experiencia y se hubieran borrado de la memoria, permitiendo a los gobiernos que se han sucedido en los últimos veinte años seguir recortando las inversiones y el personal de los hospitales públicos para favorecer las estructuras privadas. Y así, cuando la situación general se convierte en una verdadera emergencia, se desencadenan las grandes medidas de la llamada «guerra contra el coronavirus», una guerra que en realidad se perdió al principio porque su propagación -invisible y silenciosa, por supuesto- es mucho más amplia de lo que las estadísticas son capaces de registrar. Pero el poder político burgués prefiere la situación de emergencia por dos razones principales, y esto concierne no sólo a España sino a todos los países: se saltan una serie de controles de los flujos de dinero que se han hecho necesarios

para tapan las diversas fugas que se han abierto en el tejido sanitario, social y económico, y favorecen medidas de control social similares a las adoptadas durante la llamada «temporada terrorista», con medidas de confinamiento muy estrictas, toques de queda de 24 horas, intervención de la policía y el ejército para hacerlos cumplir. Y no faltan estímulos para la denuncia en todas las situaciones en que las medidas decretadas parecen no ser respetadas.

Por supuesto, con el estrecho confinamiento de una gran parte de la población - porque a esto se llegó después de que la epidemia estuviera bajo control desde su aparición - las empresas tuvieron que reducir drásticamente su negocio o cerrarlo por completo. El problema se agravó, no sólo por la crisis económica ya existente, sino también porque el curso de la epidemia -que se había convertido en una pandemia, por tanto en una epidemia mundial- presentaba un cuadro muy negativo; no se trataba de cerrar por unos días o una semana, como parecía suficiente al principio, sino de cerrar por semanas, si no meses.

¿El gobierno decide un confinamiento bastante estricto en casa en las llamadas «zonas rojas», el epicentro de la epidemia, o cerrar toda una serie de actividades que no son esenciales para la supervivencia diaria? Las fuerzas de la oposición política sostienen que todo debe permanecer abierto y que se debe reforzar la actividad de los hospitales, tal vez construyendo nuevos, después de haber desmantelado varios de ellos en los últimos decenios y de haber cerrado varias de las salas restantes. ¿Está el gobierno decidiendo medidas más estrictas, dado el rápido crecimiento del contagio y las muertes por coronavirus? Las fuerzas políticas de la oposición afirman que las medidas adoptadas son insuficientes y que todo debe cerrarse. Al mismo tiempo, dado que la asistencia sanitaria en Italia está gestionada directamente por las Regiones, cada región sigue su propio camino, más allá de lo que el gobierno decide o hace; el gobierno sólo quiere que aporte más dinero, más medios y más policía, mientras que cada región decidirá por sí misma cómo y cuándo hacer frente a la epidemia y sus consecuencias (como si estuviera en un hospital, cada departamento sigue su propio camino, y tiene que

*(sigue en pág. 2)*

## Coronavirus, pandemia y cinismo burgués

(viene de la pág. 1)

negociar con otros departamentos si, cómo y cuándo qué hacer o no hacer). Así es como Italia se enfrenta a la epidemia de coronavirus sin prevención, sin instalaciones hospitalarias suficientes y suficientemente equipadas, sin suficiente personal médico y hospitalario, sin equipo de protección personal, ni para el personal del hospital ni, menos aún, para la población, y sin suficiente equipo para terapias intensivas, análisis, etc.

Por supuesto que Italia se convertiría en el epicentro de la epidemia en Europa. Pero la palma del país más expuesto a la epidemia y a sus consecuencias mortales no permaneció en el Bel Paese durante mucho tiempo; España, primero, y luego los Estados Unidos y Gran Bretaña, donde la epidemia se desarrolló más tarde y que pasando por encima de Italia, tomaron la delantera. Mientras China sufría un colapso económico de considerable magnitud, propagando no sólo el nuevo virus sino también la crisis económica en el mundo, especialmente en el sector automovilístico, para el cual China produce más del 50% de los componentes necesarios, y en el sector médico y farmacéutico, los demás países competidores, empezando por los Estados Unidos, trataban de aprovechar sus dificultades para superar al gigante chino económica y financieramente.

### Estados Unidos de América, el país más avanzado del mundo, desprecia cínicamente la vida humana

El virus no respeta a nadie, y la palabrería de un Trump o de un Boris Johnson, que en los tres primeros meses del año llenaron los medios de comunicación del mundo con sus declaraciones idiotas - los que minusvaloraron la nueva epidemia al nivel de una simple gripe estacional que tantos muertos deja cada año, los que adoraron la inmunidad del rebaño, defendiendo por lo tanto el hecho de que era bueno que una gran parte de la población (como las ovejas) se infectara y se lograría de esta manera... una inmunidad generalizada - solo lleva entonces a correr de alguna manera para cubrirse con medidas más o menos refinadas y ciertamente inconsistentes, teniendo que lidiar con una atención médica organizada exclusivamente en seguros, como en los EE.UU., o con una prosopopeya típicamente insular del antiguo amo del mundo británico que todavía no tiene una estrategia seria.

En América, los afroamericanos son, como siempre, los más expuestos a desastres como éste. Oprah Winfrey, una conocida presentadora y productora de televisión estadounidense, que hace meses sufrió una grave neumonía, denuncia cosas que son bien conocidas pero que rara vez se mencionan en los medios de comunicación: «*El coronavirus está literalmente devastando a la comunidad negra de los Estados Unidos*». Y el por qué no es difícil de entender, dado que en su mayoría los negros de América están empleados en trabajos ocasionales, especialmente fuera de casa, en trabajos duros y en lugares insalubres y mal pagados que no permi-

ten una dieta decente, y por lo tanto más fácil de contraer hipertensión y tener diabetes y problemas cardiovasculares, más propensos a infectarse con neumonía y más débiles para resistir el ataque del coronavirus (4). Mientras tanto, Trump se deleita en inventar un plan para volver a encarrilar la economía estadounidense, un plan (*Opening Up America Again*) que le gusta elaborar en tres etapas, partiendo de una consideración objetiva: hay 22 millones de nuevos desempleados en cuatro semanas, debido al cierre de fábricas, y ha aumentado el abuso de drogas y alcohol, con los consiguientes trastornos cardíacos y mentales. Intentó imponer por decreto, por lo tanto con plenos poderes, las fechas para la reapertura de la actividad económica, pero por sugerencia de sus «asesores» sanitarios y económicos, se limitó a invitar a los gobernadores de los diferentes Estados a abrir las actividades por etapas. El gobernador del estado de Nueva York, Andrew Cuomo, y no sólo él, ya se había opuesto a la rápida reapertura; Nueva York es la zona donde el porcentaje de personas infectadas y de muertes por coronavirus es más alto. El «plan» de Trump está constituido por tres fases, de 14 días cada una (que corresponden a la «cuarentena» moderna), en las que gradualmente, de acuerdo con la disminución estadística de los contagios y las muertes, cada Estado reabre, en la fase 1, las diferentes actividades, contra «sistemas de pruebas robustos para el personal sanitario en riesgo, incluyendo pruebas de anticuerpos», manteniendo «la prohibición de viajes no esenciales y de socializar para más de diez personas juntas», manteniendo cerrados bares y escuelas, pero abriendo cines, estadios deportivos, restaurantes, gimnasios, iglesias y lugares de culto y, por supuesto, continuando con el teletrabajo; en la fase 2, si no hay signos de recrudescimiento del virus, reabrir las escuelas y bares mientras los límites de socialización pasan de 10 a 50 personas, permitiendo más viajes y desplazamientos incluso no esenciales y, en la fase 3, siempre en presencia de caídas constantes y oficiales de las infecciones y síntomas, en toda América volveríamos a la «normalidad»: lugares de trabajo con empleados trabajando normalmente, reanudación de las visitas a hospitales y asilos, acceso gratuito a los bares, mientras que para la «población vulnerable», es decir, afroamericanos, personas sin hogar, desempleados, precarios, alcohólicos, drogadictos, etc. «*las recomendaciones se mantendrían en vigor para evitar los lugares concurridos*»...

¡Un gran plan! Mientras tanto, en grandes estados como Nueva York, Nueva Jersey y Michigan, el curso de la enfermedad sigue siendo trágico. Hasta ahora, los datos oficiales hablan de más de 92.478 muertes por el coronavirus, y 1.557.770 enfermos, pero si consideramos que hasta ahora en Estados Unidos sólo el 1% de la población se ha sometido a pruebas para diagnosticar el virus, podemos imaginar cuál es la situación real de los infectados y los muertos y, sobre todo, qué valor pueden tener las medidas trazadas en las «tres fases» propagadas por Trump basándose, precisamente, en los datos estadísticos oficiales (5). Hay que decir que el propio Trump había formulado hace algún tiempo la hipótesis de que los ame-

ricanos muertos de Covid-19 podrían haber sido iguales a los que murieron en la Segunda Guerra Mundial - 200.000 - y luego, más recientemente, formuló la hipótesis de 100.000. Si hoy estamos en 92.000, faltarían por lo menos 8.000: como para decir que para asegurar la recuperación económica vale la pena que mueran por lo menos 100.000 personas, y si finalmente son más... las estadísticas oficiales se encargarán de... ¡cuadrar las cuentas! Mientras tanto, la Bolsa de Nueva York esperaba el optimismo de Trump y los movimientos de su gobierno para empezar a recuperarse del último período negativo: la especulación bursátil y el capital financiero no tienen tiempo que perder, y que los muertos entierren a sus muertos...

### China, se reabren todas las fábricas, temiendo una segunda ola de la epidemia

Hace una semana que en Wuhan no hay más muertes o casos de infección de coronavirus. Los 11 millones de habitantes se lanzaron a las calles como si hubieran abierto sus prisiones. China, con la excepción de la región fronteriza con Rusia, que sigue afectada por la epidemia, ha vuelto al «trabajo»: el PIB es demasiado importante, hay que recuperarse de al menos 15 semanas de detención.

Como la situación general del país ya no se presentaba como una emergencia, muchos chinos de todo el mundo comenzaron a regresar, uniéndose a sus familias y volviendo a sus trabajos. Pero este «regreso a casa» ha traído consigo el posible «contagio de regreso», y esta es ahora la posible nueva emergencia. El hecho es que el estrecho control social que un gobierno tan centralizado como el chino -que afirma falsamente ser «comunista»- ha aplicado con gran eficacia y rapidez, es una experiencia concreta y no hay duda de que, si se produjera de nuevo una emergencia como la de enero, se desencadenaría inmediatamente un control aún más duro. Por otro lado, entre las armas que la burguesía china tiene a su disposición, la presión y la represión política, social y económica son las más utilizadas. Y es gracias a su uso sistemático que China, en los setenta años que han transcurrido desde su independencia, ha logrado escalar en la clasificación de los países industrializados hasta la cumbre donde puede competir con los países imperialistas más antiguos, los Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Francia y, por supuesto, Rusia, que durante algunas décadas ha contribuido al desarrollo capitalista de China con el objetivo -en realidad fuera de lugar- de convertirla si no en su satélite oriental como lo había hecho con los países de Europa del Este, al menos en su zona de influencia directa en defensa de los competidores japoneses y estadounidenses. Pero China no era Polonia; descansaba y se apoyaba en una historia milenaria caracterizada por un hábito de poder centralizado sobre un territorio muy vasto y particularmente poblado. En Rusia el capitalismo, ya presente bajo los zares, se desarrolló a un ritmo acelerado gracias a la revolución antizarista que lo liberó de las excesivas limitaciones económicas, sociales y políticas del feudalismo, y sobre la cual el proletariado, dirigido por el partido bolchevique de Lenin, intentó

saltar, contando con que la revolución proletaria no se limitara a las fronteras rusas sino que se expandiera por todo el mundo, empezando por Europa occidental. En esos años la burguesía internacional y su más eficaz aliado, el oportunismo estalinista, ganaron, y así el capitalismo tuvo vía libre para desarrollarse alimentándose de la fuerza de trabajo proletaria sometida a una explotación masacrante, tal como lo exigía una potencia burguesa que aspiraba a retomar y desarrollar su papel de potencia mundial, que con la Segunda Guerra Imperialista Mundial se convirtió en realidad. En China, el desarrollo capitalista siguió el mismo curso general, al principio bajo el paraguas ruso, y luego se aceleró cada vez más y se protegió de la participación directa en los cientos de guerras con las que las potencias imperialistas dividían el mundo, relacionándose y comerciando con los antiguos países colonialistas. Hoy en día, aunque el capitalismo chino, que se desarrolló principalmente a lo largo de las costas, no ha desarrollado todo su vasto territorio de la misma manera, manteniendo en su interior grandes bolsas de atraso campesino, ha alcanzado, sin embargo, una fuerza económica y financiera de primer orden, tanto que es capaz de competir con los EE.UU., y por lo tanto también con todas las demás potencias, en pie de igualdad.

Si es cierto que las enfermedades más infecciosas se propagan con mayor facilidad entre los seres humanos gracias a la inexistencia de malas condiciones de higiene y a la agrupación en espacios reducidos de muchas personas, la China capitalista está destinada a ser el epicentro de muchas epidemias. Fue ayer, es hoy y lo serán así hasta que la revolución proletaria, victoriosa al menos en algunos países imperialistas occidentales y en la propia China, comience a derrocar la organización social burguesa, dirigida exclusivamente a la explotación irracional de cualquier recurso natural, animal y humano, para el bienestar del capital, y que se ve facilitada por el conjunto de seres humanos en la metrópoli —como en los hormigueros, los hábitos de higiene inexistentes— y sustituirla por una organización social basada en una economía destinada a satisfacer las necesidades de la vida humana distribuyendo la humanidad en el planeta armonizando su actividad con el medio ambiente natural y sus leyes, separando la vida humana de la de todos los demás animales de modo que el bienestar social y la higiene sean la norma para todos y no sólo para un pequeño grupo de personas. Pero ese momento no está, desgraciadamente, tan cerca, aunque como comunistas revolucionarios estamos seguros de que la crisis más profunda del sistema capitalista llevará a la clase proletaria, impulsada por las contradicciones cada vez más agudas de esta sociedad inhumana y asesina, a levantarse inexorablemente rompiendo las mil cadenas con las que las clases burguesas dominantes la mantienen esclavizada.

Pero hay una diferencia entre lo que ocurrió en China y lo que ocurrió en los otros países capitalistas avanzados. Más allá de los datos oficiales que el gobierno chino ha publicado desde la aparición del nuevo coronavirus —y que el mundo occidental, «democrático» y llamado «libre», considera sustancial-

mente poco fiables si los comparamos con los datos oficiales de todos los demás países —igualmente poco fiables dada la diferencia en los métodos de detección entre un país y otro, y el interés de ocultar una parte de la realidad lo justo para difundir el miedo al contagio, pero evitando generar demasiadas tensiones sociales— desde el inicio de la detección de infecciones y muertes por coronavirus hasta el 19/5/2020, en el mundo, son 4.942.750 infectados en total, de los cuales 321.988 murieron. Pero los países que, hasta ahora, han tenido oficialmente más de 20.000 infectados con muertes relacionadas, son:

EE.UU.: contagios 1.557.760, fallecidos 92.478 (casi la mitad en el estado de Nueva York)

Rusia: contagios 299.941, fallecidos 2.837

España: contagios 278.188, fallecidos 27.709

Brasil: contagios 261.567, fallecidos 17.315

Reino Unido: contagios 246.406, fallecidos 34.796

Italia: contagios 226.699, fallecidos 32.169 (más de la mitad en Lombardía)

Francia: contagios 179.927, fallecidos 28.239

Alemania: contagios 177.482, fallecidos 8.145

Turquía: contagios 151.615, fallecidos 4.199

Irán: contagios 124.603, fallecidos 7.119

India: contagios 103.886, fallecidos 3.212

Perú: contagios 94.933, fallecidos 2.789

China: infectados 82.692, fallecidos 4.632 (de que 3.869 en Wuhan, epicentro de la pandemia)

Canadá: contagios 74.499, fallecidos 5.857

Bélgica: contagios 55.791, fallecidos 9.108

Lo que expresan estos datos es que cabe señalar que los países que han sufrido los efectos desastrosos de la pandemia desde el principio han registrado un notable crecimiento de los contagios y las muertes en el último mes (los Estados Unidos han superado con creces a Italia, que fue el primer país occidental, desde el 6 de febrero, donde se destacó el alto grado de contagio del Covid-19 y su letalidad; y luego España, Francia, el Reino Unido y Bélgica, donde hay un porcentaje muy alto de muertes en comparación con el contagio, 14,77%; seguido de Holanda (con 11,32% de muertes en comparación con el contagio) y Suecia (10,7% de muertes en comparación con el contagio) que, hasta hace dos semanas, se estaba estudiando como el «modelo sueco» (todo abierto) de enfrentar la epidemia... Países como Japón, Corea del Sur, Rusia, que por su posición geográfica y sus relaciones comerciales con China podrían haberse visto más afectados por la epidemia, encuentran en cambio un número muy bajo de muertes en comparación con el contagio, probablemente no tanto porque cerraron rápidamente las fronteras con su vecino chino, sino porque aplicaron controles sanitarios más rápidamente y más ampliamente, no sólo con los que tenían contacto directo con la zona de Wuhan y su provincia, sino también con los enfermos y sus contactos diarios.

### Solidaridad hipócrita de los capitalistas frente a la crisis de la pandemia

Un ejemplo de la competencia despiadada que caracteriza a todo país capitalista es la llamada solidaridad que los diferentes estados han expresado y están expresando ante la mayor crisis en la que algunos países han caído primero a causa de la pandemia del coronavirus.

Los diversos institutos de investigación que se han lanzado, cuesta abajo, a recoger la mayor cantidad de datos posibles desde la aparición del Covid-19 en diciembre del año pasado, necesitaban una cantidad significativa de pacientes para diagnosticar, analizar, experimentar. A partir de las experiencias de las epidemias anteriores, quedó claro que su objetivo final era encontrar la vacuna, o las vacunas si había más de una cepa de la epidemia. Los chinos, ingleses, americanos, holandeses, franceses, alemanes, italianos, españoles, olfatearon el posible trato, se lanzaron a una carrera que la llamada «comunidad científica» —que siempre está por encima de los intereses nacionales y de clase— llama intercambio en los resultados de la investigación que gradualmente uno u otro instituto alcanza. Es bien sabido que la investigación para identificar una vacuna eficaz es muy costosa y que las grandes empresas farmacéuticas siempre tienen cuidado de aprovechar cualquier oportunidad que pueda abrir la puerta de su negocio.

Esta «solidaridad» entre los científicos y los estados, obligados a enfrentarse a una pandemia aún desconocida, se informó en los medios de comunicación hace algún tiempo sobre el paso de Trump hacia la compañía farmacéutica alemana, Cure Vac, en Tubinga. El 2 de marzo, se celebró una reunión entre Trump y su personal y las principales compañías farmacéuticas del mundo en la Casa Blanca. En esa ocasión, según *Die Welt*, Trump propuso a Cure Vac transferir la investigación y la producción de la vacuna en la que ya había estado trabajando durante dos meses; la transferencia al territorio estadounidense permite, de hecho, según las leyes de ese país, ser el propietario de la patente. Esto significaba, en dinero, que los Estados Unidos, que pagarían a la empresa alemana 1 millón de dólares por esta operación, tendrían los derechos exclusivos de una vacuna producida por una empresa farmacéutica alemana. Obviamente, los escudos alemanes y europeos se levantaron contra este intento. Declarando que «el capitalismo tiene límites», Karl Lauterbach, del SPD, defendió el hecho de que «los empleados de la sanidad alemana, así como los del resto del mundo, necesitan tener libre acceso a lo que se desarrolla en Alemania y que ningún país debería poder tener una vacuna exclusiva», lo que fue acompañado por la declaración del Ministro de Asuntos Exteriores alemán, Heiko Maas: «Los investigadores alemanes son líderes en el desarrollo de medicinas y vacunas, en el contexto de colaboraciones globales. No podemos permitir que otros adquieran vacunas de manera exclusiva» (7). No es nuevo el que la administración Trump aprovecha todas las oportunidades para

(sigue en pág. 4)

## Coronavirus, pandemia y cinismo burgués

(viene de la pág. 3)

culpar a Alemania, primero con el hecho de que las exportaciones alemanas a los EE.UU. habían crecido mucho más que las importaciones estadounidenses de Alemania, luego con el asunto de la estafa de los dispositivos de regulación de los motores diésel de los automóviles alemanes vendidos en los EE.UU., ahora con la crisis del coronavirus que amenaza con enviar a la recesión a los EE.UU. que, justo bajo la presidencia de Trump, se habían recuperado después del colapso de 2008-2009 con porcentajes muy positivos en comparación con todos los demás países en el crecimiento económico. En el caso de los medicamentos y las vacunas, es bien sabido que las grandes empresas farmacéuticas del mundo obtienen miles de millones de beneficios que no tienen intención de compartir simplemente por el bien de la ciencia médica y la solidaridad en una situación de crisis sanitaria mundial de la que, como todos los gobiernos han estado propagando durante semanas, sólo se sale juntos, no unos contra otros...

Pero este himno a la solidaridad planetaria entre los bandidos imperialistas, ¿cuánto crédito puede tener? En los últimos decenios se ha visto cuánta solidaridad ha existido entre los países más civilizados del mundo con las corrientes migratorias de masas desesperadas que siguen huyendo de la miseria, el hambre, las guerras: muros, rejas de alambre de púas, soldados y guardias con libertad para disparar, naufragos en medio del mar o devueltos a los torturadores libios... o, si los recursos financieros de los países lo permiten, pagar unos cuantos miles de millones de euros al capo de turno, como en el caso del turco Erdogan, para mantener en sus campos de internamiento a las masas de emigrantes sirios y de Oriente Medio que intentan la ruta de los Balcanes hacia Europa.

Todo el asunto de la financiación necesaria para hacer frente al bloqueo de la producción y a la crisis sanitaria en los países europeos, y que enfrenta sistemáticamente a los gobiernos de la Unión Europea con miles de millones en préstamos, en particular a los gobiernos de los países más afectados por la epidemia, como Italia, España, la propia Francia, es una historia que reconfirma por enésima vez la necesidad de que todo el capitalismo nacional defienda sus intereses por todos los medios: con acuerdos para aumentar la deuda pública de los países ávidos de dinero mediante la concesión de un plazo prolongado en el tiempo o con la aplicación de medidas usurarias y estranguladoras preestablecidas como en los casos de la famosa «ayuda» del FMI o del llamado «Fondo salva Estados» (MES). El choque entre España, o Italia, ya expuesta con una deuda pública del 135% del PIB y sufriendo una crisis económica que dura desde hace varios años, con los países del norte de Europa, Alemania, Holanda, Finlandia en particular, que no permiten el desembolso de los miles de millones europeos «sin condiciones», necesarios para sostener la economía italiana en este período y para hacerla re-

anudar una vez que se haya frenado el golpe de la epidemia, es el clásico choque en una Europa que, en realidad, siempre ha estado desunida, entre los estados capitalistas que tienen la fuerza para aprovecharse de las desgracias de los demás, y los estados capitalistas que tratan de hacer valer el interés «común» en beneficio de una supuesta defensa de la Unión Europea como mercado de primera magnitud en el tablero mundial y una Unión que permanece en pie sólo mientras se apoyan mutuamente en situaciones de necesidad, económica y política. El matrimonio entre los estados capitalistas no difiere del matrimonio burgués tradicional: se mantiene unido mientras sea conveniente para ambas partes, pero cuando esta mutua conveniencia se pierde el camino es la separación y el divorcio, con todas las batallas legales que ello conlleva. Brexit *docet*.

Por otra parte, las mismas grandes empresas químico-farmacéuticas del mundo demuestran que la solidaridad científica entre los distintos laboratorios de investigación, si bien por un lado incita al intercambio de información, datos y resultados, por otro desaparece cuando se encuentran o inventan nuevos medicamentos: la famosa propiedad intelectual, la propiedad de la investigación y sus resultados se ven reforzados por su transformación en productos comercializables, en dinero, en beneficios que se contabilizan en los balances de la empresa. El interés «común» de la investigación se transforma así en el interés privado de la empresa que se apropia de ella.

Como en el caso de cualquier epidemia, la atención de las principales compañías farmacéuticas del mundo se centra en la investigación y el desarrollo de nuevas vacunas, siempre que su venta dé lugar a una respuesta con beneficios que esté a la altura de las expectativas.

Antes del brote de Covid-19 en 2018, el mercado mundial de vacunas tenía un valor de 37.400 millones de euros y, según las estimaciones de *Fortune Business Insights*, podría alcanzar los 83.600 millones de euros en 2026 (8). Hay cinco gigantes farmacéuticos que se reparten el 80% del mercado mundial de vacunas: *GlaxoSmithKline* (Reino Unido, 34.200 millones de euros en ventas de 2018), *Merck* (EE.UU., 36.830 millones de dólares en ventas de 2018), *Sanofi* (Francia, 34.460 millones de euros en ventas de 2018), *Pfizer* (EE.UU., 46.720 millones de dólares en ventas de 2018) y *Gilead Sciences* (EE.UU., 19.300 millones de dólares en ventas de 2018). No hace falta decir que las acciones de estas compañías, dada la posibilidad de desarrollar vacunas Covid-19, se han disparado durante este período. Pero, pregunta la revista *«Valori»* que estamos citando, ¿es realmente conveniente producir vacunas que puedan erradicar completamente una enfermedad, como ocurrió en las últimas décadas con la viruela? No, ya no es conveniente.

Esto también fue confirmado en 2018 por un informe del gigante financiero Goldman Sachs, en el que se preguntaba: «¿Es la atención al paciente un modelo de negocio sostenible?», y el ejemplo dado fue el tratamiento de *Gilead Sciences* para la Hepatitis C que produjo tasas de curación de más del 90%. Las ventas de este tratamiento en los Estados Unidos en 2015 alcanzaron los 12.600 millones de dólares, pero se

redujeron a sólo 4.000 millones de dólares al cabo de tres años porque ya no había suficientes pacientes que necesitaran tratamiento. Para el cáncer, concluyó el informe, hasta ahora no hay tal problema; por supuesto, la conclusión obvia es que a todas las compañías farmacéuticas les interesa no encontrar una verdadera cura para los diferentes tipos de cáncer... (9).

Pero basta con comparar el uso de los medicamentos y las vacunas para comprender que el interés de las empresas farmacéuticas es producir medicamentos en cantidad porque se utilizan a menudo, durante largos períodos si no de por vida, mientras que las vacunas se utilizan durante períodos muy cortos o sólo una vez. Y como siempre ocurre en la sociedad de consumo, el abuso de las drogas, para los seres humanos y los animales, es la regla, mientras que no es la regla que las drogas realmente sirvan para curar enfermedades... a menudo en cambio las agravan o causan daños colaterales. Para los capitalistas, lo importante es vender aunque la cura no esté garantizada.

La rentabilidad de los medicamentos suele ser el doble o el triple que la de las vacunas, por lo que la conveniencia multimillonaria de invertir en medicamentos en lugar de vacunas es evidente. Sin embargo, el problema sigue siendo el de salvaguardar a la mayoría de la población, y a la fuerza de trabajo en particular, de las consecuencias mortales de las epidemias, dado que la maquinaria productiva de todos los países, y especialmente de los países capitalistas avanzados, no gira si los trabajadores no van a trabajar. Por eso las empresas farmacéuticas y los gobiernos deben referirse necesariamente a las vacunas, aparte del hecho de que son realmente eficaces en el tratamiento para el que fueron producidas. Pero fue, es y siempre será el cálculo de la rentabilidad del producto el que decidirá si se invierte y cuánto en esta o aquella vacuna y, no menos importante, su precio de venta. Es bien sabido que encontrar un medicamento o una vacuna, que tenga un efecto real con respecto a la razón por la que se produjo, lleva mucho tiempo, de 7 a 10 años, porque el camino que debe recorrer la molécula química para convertirse en un medicamento es largo y debe pasar por una larga serie de estudios, primero en el laboratorio, luego en animales y luego en los humanos (10). Ante el temor que se ha extendido con respecto a Covid-19, ese «enemigo invisible» y agresivo «enemigo» que tanto peso ha tenido y tiene en la propaganda burguesa, científicos, virólogos, epidemiólogos y compañía se han lanzado a prometer que se encontraría la vacuna de Covid-19 primero en dos años, luego que en 18 meses, después que en 12 meses y por último ya en septiembre de este año... Es evidente la presión económica detrás de estas fantásticas promesas. «Reabrirlo todo» significa reactivar la economía capitalista, que no puede limitarse a la producción y distribución de productos esenciales para la vida humana, sino que debe reanudar el rápido ritmo de producción y venta no sólo de alimentos, productos farmacéuticos, dispositivos de protección médica, tecnología de la información o telefonía, sino también de automóviles, moda, artículos de lujo, tabaco, alcohol, etc. Los virólogos más serios no comen-

tan sobre el momento nada de esta vacuna, pero advierten sobre los efectos letales de la infección de coronavirus, como se ha hecho hasta ahora. No sólo eso, sino que anuncian que sin duda habrá una segunda oleada y que reabrir las actividades humanas y la circulación demasiado pronto, como si, tras el llamado pico epidémico, pudiéramos volver a la «normalidad», facilitaría la reanudación de la propagación de la epidemia, además con un virus que cambia rápidamente como lo demuestran las tres cepas distintas - china, europea y americana.

Finalmente, hablar de solidaridad entre los capitalistas, cuando todo gira en torno al capital y su valorización, es como hablar de la bondad de Dios ante la devastación y las masacres de la guerra; no está ni en el cielo ni en la tierra. Otra cosa es la cercanía y los actos de solidaridad humana que surgen espontáneamente de las personas que sienten la necesidad de ayudar a los enfermos, de gastar su energía y su dinero para ayudar a los que no pueden hacerlo, a los que corren el riesgo de enfermarse y morir por causas que no dependen de su voluntad. Pero esta dedicación innata del hombre a la protección de su propia especie es también una fuente de interés económico para la clase burguesa. Cuanto más se ha desarrollado el capitalismo en el mundo, más pobres y debilitadas se han creado las masas, aumentando las desigualdades sociales no sólo entre los países ricos y los pobres, sino también dentro de los países ricos entre los diferentes estratos sociales; cada vez se han extendido más las asociaciones voluntarias para hacerse cargo de la serie de servicios sociales que deberían correr a cargo de los Estados, servicios por los que cada Estado recauda porcentajes muy elevados de impuestos, cuyo importe, por regla general, se desvía principalmente a la economía privada, beneficiando así al capitalismo en general y al capitalismo privado en particular.

El tipo de solidaridad caritativa del voluntariado, además de trabajar en gran parte gratuitamente para los servicios sociales, y por lo tanto la competencia del Estado y sus instituciones locales, si por un lado da prestigio a la «comunidad nacional», por otro lado no atenúa ni un gramo la guerra de competencia entre las empresas y entre los Estados - si acaso, corre a atenuar sus aristas - y funciona como un pegamento social especialmente en situaciones de crisis en las que la sociedad burguesa cae cíclicamente.

### **Solidaridad de clase, la lucha proletaria antiburguesa**

Otra cosa es la solidaridad que, en cambio, puede dar una solución no ocasional sino histórica a las consecuencias dañinas, peligrosas y mortales de la sociedad capitalista. Es la solidaridad de clase del proletariado. Es la solidaridad que combate y supera la competencia insinuada y extendida entre el proletariado, entre los trabajadores asalariados a cuya sistemática y secular explotación el capitalismo extorsiona la plusvalía, haciéndola crecer en cantidad y poder, aumentando así el tormento del trabajo y la vida cotidiana de la gran mayoría de la población mundial.

Pero esta solidaridad de clase prole-

taria no es un acto de caridad, no es un acto genéricamente pacífico: es un aspecto fundamental de la lucha de clase, de la lucha de los oprimidos contra los opresores, la lucha que se opone a la clase burguesa dominante, la clase que tiene un fin histórico que ve una sociedad que ya no se basa en el beneficio capitalista, en el dinero, en el mercado, en el dominio de los más débiles, en la división entre clases, una sociedad que llamamos comunismo.

Los capitalistas, por interés económico y de clase, no son solidarios entre sí, son a lo sumo aliados, pero sobre todo son competidores, unos contra otros, y por lo tanto fundamentalmente enemigos. Se alían para competir con otros, en casa o en el extranjero, compran y fusionan empresas para ser más poderosos en el mercado, destruyen la competencia de los más pequeños para aumentar sus beneficios. Y se aliaron, incluso por encima de sus mutuos contrastes de intereses, para hacer la guerra contra otro enemigo, mucho menos invisible que cualquier virus: el proletariado organizado, consciente de que tiene su propia tarea histórica que cumplir, dirigido por su partido de clase revolucionario.

Hoy en día, la pandemia de coronavirus ha instado a la burguesía de todo el mundo a organizar una «guerra» contra ella. Pero esta guerra, en realidad, no es una guerra contra la Covid-19, sino contra el proletariado. A partir de la epidemia, la burguesía dominante, a pesar del colapso temporal de la producción y de las ventas, obtiene beneficios inmediatos que ciertamente se ven disminuidos, y en ciertos sectores mucho más bajos de lo habitual -como los automóviles o el petróleo- pero aprovecha para imponer un control social bélico. ¿Y a qué clase pretende controlar la burguesía más que a nada? A la clase proletaria, la clase de asalariados que no puede esperar a hacer regresar a las fábricas para explotar su mano de obra como debe ser.

La pandemia de coronavirus, con las drásticas medidas de confinamiento que se han puesto en marcha, podría desencadenar estallidos violentos y rebeliones sociales. En parte, ocurrió que en muchas fábricas los trabajadores se declararon en huelga, no tanto para luchar contra los capitalistas como para exigir que las mismas medidas de protección individual recomendadas generalmente para toda la población se aplicaran también a los trabajadores que entran en las fábricas. En los hospitales, las enfermeras y el personal hospitalario en general, tuvieron que sufrir en condiciones extremas y con sus propias manos el peso excepcional de los pacientes con coronavirus que se sumaron a la masa de pacientes hospitalizados ya presentes: simplemente pidieron que se les pusiera en condiciones de verdadera protección para no convertirse en propagadores del contagio; además, al enfermarse, su ya pesada carga de trabajo pesaba sobre sus compañeros de trabajo que no se enfermaban, o que al menos no presentaban síntomas evidentes de la infección.

¿Cuál ha sido la solidaridad de la burguesía, hacia la población en general y el personal de los hospitales en particular, a lo largo de este período? Las crónicas nos dicen que la burguesía ha des-  
trozado la atención sanitaria pública, ha

abandonado a la población y al personal hospitalario al contagio epidémico durante mucho tiempo, ha aprovechado la situación de emergencia tan a menudo como ha podido para hacer sus negocios detrás de las prioridades objetivamente determinadas por la crisis sanitaria, ha construido hospitales desde cero en lugar de mejorar los pabellones de los hospitales existentes y después de haberlos cerrado y abandonado al vandalismo varias veces en las últimas décadas, han seguido siendo capaces de pensar en sus privilegios, sus intereses económicos y sus intereses electorales y han sido incapaces de hacer frente a esta emergencia sanitaria y social extrayendo lecciones de anteriores emergencias sociales, confirmando así que la emergencia, la crisis, el desastre son elementos negativos para el hombre, pero positivos para el capital.

De esta enésima crisis social el proletariado tendrá que sacar una lección que su tradición clasista ya ha sacado a lo largo de la historia del movimiento obrero. La lucha entre las clases nunca se ha detenido, la burguesía lucha cada día, cada hora, cada minuto contra la clase proletaria, porque esta lucha le permite mantener el poder y dominar toda la sociedad. La burguesía siempre tiene interés en impedir por cualquier medio, democrático o autoritario, pacífico o violento, legal o ilegal, constitucional o inconstitucional, económico, social, político y militar, que el proletariado se eleve a una clase antagonica, que recupere su lucha antiburguesa y anticapitalista, que se reconozca como una fuerza social independiente totalmente opuesta a la clase burguesa. Al proletariado, por su parte, le interesa liberarse de los hilos y las cuerdas que la burguesía democrática ha envuelto en tantos años de poder para mantenerle enjaulado en la gran red social en la que se ocultan y enmascaran las diferencias de clase con toda clase de trucos, y para recuperar su campo de lucha y su independencia de clase no sólo para luchar aquí y hoy, contra la opresión económica, social y política de la burguesía, sino también para luchar por su futuro de modo que, en lugar de transformarse, sin reaccionar enérgicamente, en carne de cañón tanto en la paz como en la guerra, se eleve a clase revolucionaria capaz de representar el futuro no sólo de sí misma sino también de toda la especie humana.

La lucha de clase proletaria no puede dejar de chocar con otro protagonista de su explotación, con fe ciega en las formas económicas y políticas capitalistas que rigen la sociedad. Este protagonista es el oportunismo, o mejor dicho, el colaboracionismo, que se basa en las tradiciones oportunistas de los traidores a la causa proletaria, desde los reformistas de los años entre los siglos XIX y XX -en Bernstein o Turati- hasta los renegados de principios del siglo XX que apoyaron a las burguesías nacionales en la Primera Guerra Mundial -del tipo Kautsky-, a los estalinistas contrarrevolucionarios que asesinaron a la Revolución de Octubre y a la Internacional Comunista, llevando a proletarios de todo el mundo para participar en la Segunda Guerra Mundial, y a los más dispares hijos del estalinismo, que fortalecieron la colaboración entre el movi-

*(sigue en pág. 6)*

## Estado de Alarma: ¿Qué debe esperar el proletariado?

Desde la declaración el pasado 24 de marzo del Estado de Alarma, se han sucedido tres prórrogas del mismo (7 de abril, 22 de abril y 7 de mayo), aprobadas todas ellas con la participación del Partido Popular y diferentes grupos de la minoría nacionalista en el Parlamento (ERC, PNV, etc.) Durante este mes y medio, el gobierno PSOE-Podemos ha podido ejercer sus funciones alegando la situación excepcional aparecida en el contexto de la pandemia Covid 19.

El Estado de Alarma es una prerrogativa legal que se refleja en el artículo 116 de la Constitución, el cual a su vez pertenece al Título V *De las relaciones entre el gobierno y las Cortes Generales*. De acuerdo a este, el gobierno puede suspender los vínculos normales entre sí mismo y el Parlamento y el Senado para gobernar en todo el país o en una parte del mismo sin atender a los límites legales que la Constitución impone. Es, de hecho, una ley de unidad nacional, que restringe por un lado las funciones de los partidos políticos que participan en las Cortes y limita las libertades recogidas en la Ley general del Estado. Como tal no tiene un desarrollo específico en la Constitución, donde sólo se recoge los términos legales de su aprobación, y sus características específicas se encuentran en la Ley Orgánica 4 de 1981 de los estados de alarma, excepción y sitio. Como es característico en la Constitución española, que es un texto básico en el sentido más amplio del tér-

mino, es decir, que pese a contar con una extensión más que notable, deja a regulaciones posteriores el desarrollo de buena parte de sus artículos más delicados, el Estado de Alarma simplemente fue legalizado en 1978 y no fue hasta unos meses después del golpe de estado del 23-F que se impuso su concreción. De por sí forma parte de la tríada de «excepciones a la Constitución» a la que se añaden el Estado de Excepción y el de Sitio, todos ellos formulados para responder a situaciones excepcionales en las que las relaciones normales entre Cortes y Gobierno no se podrían mantener porque dificultaría la gestión de los asuntos del Estado.

El Estado de Alarma ya se proclamó una vez en España. Fue en 2010 y se debió a la llamada «crisis» de los controladores aéreos, es decir, a la huelga salvaje que en diciembre de ese año llevaron los controladores y que acabó con el cierre del espacio aéreo español. Entonces, con esta medida, el gobierno tomó el control de los aeropuertos nacionales utilizando al ejército para ello, encausó penalmente a los huelguistas y restableció el orden en un momento crítico para la industria turística nacional como era el inmediateamente previo a las vacaciones de Navidad. Más allá del hecho concreto, el gobierno del PSOE, con Zapatero entonces a la cabeza, lanzó una advertencia al conjunto de los proletarios del país, en un momento en el que la crisis capitalista mundial des-

truía puestos de trabajo, bajaba salarios y, en general, deterioraba las condiciones de vida de la clase trabajadora a un ritmo de vértigo: el Estado actuaría con toda la dureza posible para reprimir cualquier tipo de respuesta obrera ante esta situación. Fue el gobierno del Partido Popular quien, posteriormente, mostró las consecuencias de esta advertencia imponiendo las leyes represivas más duras de la democracia con el fin de combatir los pequeños brotes de lucha proletaria que aparecieron en respuesta a sus medidas económicas y sociales.

Y es que el Estado de Alarma tiene un fin muy claro: dar plenos poderes al gobierno en situaciones que, realmente, no constituyen ningún peligro si no es para la paz social. Es decir, no regula la respuesta estatal ante una guerra, ante el ataque de alguna potencia extranjera, etc. Regula situaciones en las que la paz social puede verse afectada por algún acontecimiento imprevisto. De acuerdo a la ley orgánica antes nombrada y según su artículo cuarto, el Estado de Alarma se puede imponer en las siguientes situaciones:

a) Catástrofes, calamidades o desgracias públicas, tales como terremotos, inundaciones, incendios urbanos y forestales o accidentes de gran magnitud.

b) Crisis sanitarias, tales como epidemias y situaciones de contaminación graves.

c) Paralización de servicios públicos esenciales para la comunidad, cuando no se garantice lo dispuesto en los artículos veintiocho, dos, y treinta y siete, dos, de la Constitución, concurra alguna de las demás circunstancias o situaciones contenidas en este artículo.

d) Situaciones de desabastecimiento de productos de primera necesidad.

Como se ve, de todas estas situaciones, sólo dos tienen un sentido real. Porque en catástrofes o calamidades, tales como el terremoto de Lorca en 2011, el naufragio del Prestige en 2002, los incendios en Galicia durante toda la década de los 2000, etc. precisamente cuando eran necesarios esfuerzos excepcionales para paliar los efectos de estas, simplemente se intervino con gabinetes ministeriales de crisis que no requirieron el Estado de Alarma. Respecto a los problemas de desabastecimiento basta recordar el lockout de las empresas de transporte en 2008, en la que llegaron a cerrar como consecuencia del desabastecimiento las principales fábricas del automóvil (las mismas a las que se ha protegido durante este Estado de Alarma por encima de cualquier consideración sanitaria).

Por lo tanto, el sentido del Estado

### Coronavirus, pandemia y cinismo burgués

(viene de la pág. 5)

miento obrero y la burguesía gobernante en todos los países. Los proletarios tendrán una tarea aún más difícil que la que tuvieron sus hermanos de clase en los siglos XIX y XX, porque mientras tanto el capitalismo se ha hecho más fuerte, más experimentado y la preservación social se ha deslizado en los corazones y las mentes de los proletarios hasta el punto de paralizar todo movimiento.

Para la burguesía y también para el proletariado, las crisis inevitables del capitalismo -económicas, políticas, sanitarias o militares- serán el elemento potencial para rejuvenecer el capitalismo después de una inmensa destrucción o para lanzar al proletariado a la reanudación de su lucha de clase. Nosotros, los comunistas revolucionarios, nos prepararemos para esa reanudación, no importa cuando llegue.

20 de abril de 2020

(1) Ver [www.who.int/csr/don/16-january-2020-novel-coronavirus-japan-ex-china/en/](http://www.who.int/csr/don/16-january-2020-novel-coronavirus-japan-ex-china/en/)

(2) Ver [www.agi.it/blog-italia/salute/coronavirus-6900982/post/2020-01/18/](http://www.agi.it/blog-italia/salute/coronavirus-6900982/post/2020-01/18/). Sars significa Síndrome respiratorio agudo severo, y Mers significa Síndrome respiratorio de Oriente Medio.

(3) Ver *la Repubblica*, 18 de abril de 2020.

(4) Ver *el acontecimiento diario*, 18 de abril de 2020.

(5) Para todas estas noticias ver [www.ilsole24ore.com/art/trump-piano-volontario-riaprire-stati-uniti-AD3JkpK](http://www.ilsole24ore.com/art/trump-piano-volontario-riaprire-stati-uniti-AD3JkpK), 17 de abril de 2020, y [www.repubblica.it/estero/2020/02/04/18/news/coronavirus\\_nel\\_mondo-254332522/?ref=RHPLF-BH-1254316518-C8-P7-S1.8-T1](http://www.repubblica.it/estero/2020/02/04/18/news/coronavirus_nel_mondo-254332522/?ref=RHPLF-BH-1254316518-C8-P7-S1.8-T1), 18 de abril de 2020.

(6) Véase [www.agi.it/estero/news/2020-03-15/coronavirus-vaccino-tesesco-7543347](http://www.agi.it/estero/news/2020-03-15/coronavirus-vaccino-tesesco-7543347), y <https://it.insideover.com/politica/il-giallo-del-vaccino-che-trump-voleva-dalla-germania-html> de 16.3.2020.

(7) Véase <https://it.insideover.com/politica/il-giallo-del-vaccino-che-trump-voleva-dalla-germania-html>, cit.

(8) Véase <https://valori.it/vaccini-sradicare-una-malattia-non-conviene/>, 19.03.2020.

(9) *Ibidem*.

(10) Véase <https://valori.it/>, 15.02.2020.

de Alarma no es proporcionar respuestas rápidas y firmes a problemas puntuales, sino gobernar el país en medio de una crisis social tal y como la que ha causado la pandemia Covid-19. ¿Se extrañan e indignan quienes critican su prolongación? ¡Si prácticamente parece diseñado para prolongarse indefinidamente!

Vemos ahora cuáles son las prerrogativas gubernamentales que, además de suspender parcialmente el papel de las Cortes, otorga el Estado de Alarma. De acuerdo al artículo noveno de la ley 4/1981, el Estado de Alarma permite otorgar al gobierno el mando único en los aspectos necesarios para solventar la crisis social, pasando por encima de los gobiernos autonómicos y locales y poniendo a su disposición a todo el personal empleado en el sector público. De acuerdo al artículo décimo, se permite la imposición de sanciones a quienes violen las disposiciones del Estado de Alarma (lo que en este caso ha sido la sanción a casi un millón de personas por salir de sus casas sin permiso). Pero lo esencial, en el artículo undécimo se afirma:

«Con independencia de lo dispuesto en el artículo anterior, el decreto de declaración del estado de alarma, o los sucesivos que durante su vigencia se dicten, podrán acordar las medidas siguientes:

a) Limitar la circulación o permanencia de personas o vehículos en horas y lugares determinados, o condicionarlas al cumplimiento de ciertos requisitos.

b) Practicar requisas temporales de todo tipo de bienes e imponer prestaciones personales obligatorias.

c) Intervenir y ocupar transitoriamente industrias, fábricas, talleres, explotaciones o locales de cualquier naturaleza, con excepción de domicilios privados, dando cuenta de ello a los Ministerios interesados.

d) Limitar o racionar el uso de servicios o el consumo de artículos de primera necesidad.

e) Impartir las órdenes necesarias para asegurar el abastecimiento de los mercados y el funcionamiento de los servicios de los centros de producción afectados por el apartado d) del artículo cuarto.»

La cuestión es evidente: ¿cómo podrían estas medidas ayudar a combatir la pandemia? El punto a), que restringe el movimiento y es el que ha dado lugar al confinamiento parcial de la población (no se olvide que una buena parte de los proletarios que han conservado sus empleos han continuado trabajando en sus puestos habituales) es el que se ha esgrimido como excusa. Pero a estas alturas, con casi 30.000 fallecidos y un cuarto de millón de infectados reconocidos, parece que las restricciones al movimiento, en comparación con otros como Bélgica o Alemania donde han sido más

suaves e impuestas por vía administrativa, no han tenido una función profiláctica muy clara. En este sentido, las limitaciones al movimiento, que perdurarán durante mucho tiempo, han tenido otra función: han vaciado las calles, han dado carta blanca a militares y policías para hacerse con el control, han recluso a la población en sus casas y, con ello, han permitido al Estado actuar sin cortapisas. Se ha tratado de una verdadera medida de control social que ha abierto el paso al resto de las que se han tomado en este periodo así como ha permitido la contención de la tensión social en uno de los momentos más críticos de la historia reciente.

Un 20% de parados, millones de trabajadores en ERTes, un súbito descenso de los salarios, confinamiento de población en situación de pobreza extrema... ¿Cómo se evita que esta situación desencadene un estallido social? Por la vía del Estado de Alarma. Cuando, al comienzo de la crisis, los proletarios de diferentes fábricas participaron en paros espontáneos contra la falta de medidas de higiene y protección, mostraban la capacidad que tiene la clase proletaria de responder ante situaciones que ponen en riesgo las vidas de los propios trabajadores. Es a la extensión de esa pandemia a lo que la burguesía teme de verdad. Ella era plenamente consciente de que las medidas de prevención, que implicaban paralizar parcialmente la economía y hacer pagar a los proletarios el coste de esta medida, sólo podían imponerse anulando cualquier posibilidad de reacción por parte de estos. Para muestra, un botón: el número de trabajadores afectados por un ERTE era, a comienzos de abril (8 días después del comienzo del Estado de Alarma), de 1,84 millones. Como se sabe, los ERTes corren a cargo del Estado, que paga el 75% del salario. Es decir, casi 2 millones de trabajadores han pagado un «impuesto especial Covid 21» sobre su salario del 25% de este. Imposible pensar en una medida similar sin un férreo control social que impida a los proletarios incluso hablar entre sí.

La llegada al gobierno del bloque PSOE-Podemos, después de dos anticipos electorales y un largo periodo de incertidumbre, significó hace pocos meses una salida parcial e inestable a la crisis abierta entre la burguesía por los efectos políticos y sociales del cataclismo económico de los años 2008-2014. Con esta salida se permitió un refuerzo del oportunismo de corte pequeño burgués al tradicional bipartidismo nacional, toda vez que en el lado de la derecha se había asistido también a la ruptura de la entente que representaba el Partido Popular. Este «bloque progresista» ha tenido que tomar, en el plazo de pocos meses,

las medidas sociales y económicas más draconianas desde los Pactos de la Moncloa de 1977 (y no es casualidad que desde este bloque se haya hecho un llamamiento a reeditarlos precisamente ahora). Para ello se ha valido de una suspensión «temporal» de buena parte de los condicionantes constitucionales, legislando por encima de estos tal y como se hizo en el periodo de la Transición, cuando se dio un interregno entre las leyes de la dictadura y las posteriores de la democracia para mantener a salvo el Estado. Pero, además, esta tarea la ha llevado a cabo agitando los viejos mitos de la unidad nacional de los que el oportunismo político y sindical siempre ha sido la gran salvaguardia, algo que difícilmente podría haber llevado a cabo cualquier partido de la derecha. Especialmente ha recurrido a dos argumentos. El primero ha sido la identificación de la pandemia con medidas excepcionales y el supuesto carácter «social» de las mismas. El segundo ha sido la vieja consigna del antifascismo. Respecto al primero, la propaganda ha girado en torno a la defensa del Estado de Alarma como única trinchera desde la cual salvar a la población y se ha vinculado el mismo a las medidas de «rescate social» que se pretende haber impuesto. Para ello se ha recabado el apoyo de médicos, epidemiólogos, economistas, etc. que defienden que sólo mediante las medidas excepcionales que se han tomado podía salvarse a la población de la pandemia. Y este apoyo se ha utilizado para cargar, desde la supuesta objetividad científica, contra cualquier oposición al Estado de Alarma. Lo cierto es que el confinamiento ha sido la última medida que era posible tomar antes de que la Covid 19 segase las vidas de decenas de miles de personas y este es un modo de proceder característico del sistema capitalista: ninguna prevención, ninguna medida de protección previa a la catástrofe, pese a que esta se veía venir al menos desde finales del año pasado. El capitalismo vive de la destrucción y la reconstrucción, que es de donde saca sus mayores beneficios. Lo hace con las crisis, lo hace con las guerras, lo hace con la muerte de la población... y esta manera de proceder está tan grabada en su ADN que es incapaz de proceder de otra manera. El confinamiento, pese a lo que hoy dicen todos los voceros del Estado, era evitable si, a la menor señal de alarma, se hubiesen tomado medidas de contención básicas, reforzando mucho antes el sistema sanitario, anulando los focos de contagio, etc. Pero no se hizo. Los negocios mandan... y construir hospitales como el de IFEMA mientras los otros se caen a cachos parece un negocio de primer orden. Argumentar que el Estado de Alarma es una garantía para los trabajadores, una vez

(sigue en pág. 8)

(viene de la pág. 7)

que el paro va a aumentar al 20% de la población activa en el plazo de un año, que los salarios se han reducido drásticamente y que se estima un incremento de la mortalidad de un 30% durante este periodo sólo parece un mal chiste: las medidas tomadas por el gobierno PSOE-Podemos han ido encaminadas a salvar la economía nacional a costa de la vida de los proletarios.

Respecto al segundo de los argumentos, el de la consigna antifascista, basada en llamar a la unidad nacional, la responsabilidad cívica, la obediencia a las autoridades, es característico de una fuerza social, la del oportunismo, que basa su capacidad de actuar en su influencia entre los proletarios. Llama a estos a salvar la nación contra el enemigo fascista o derechista imponiéndole los sacrificios necesarios para ello mientras argumenta que son imprescindibles para defender la democracia y a un Estado colocado supuestamente por encima de las clases sociales y que sería la única herramienta para que los trabajadores no queden abandonados a su suerte. De nuevo las medias anti proletarias que ha tomado el gobierno ponen en evidencia el verdadero objetivo de esta estrategia, mientras vemos a todas las corrientes de extrema izquierda defender el propio Estado de Alarma como una ventaja para la clase trabajadora. Toda la fuerza del oportunismo político y sindical se ha concentrado en este punto, obligando a los proletarios a permanecer en sus puestos de trabajo mientras no había medidas de protección sanitaria, a aceptar los despidos y los ERTes para salvar los beneficios empresariales, a tragar con el confinamiento mientras sus condiciones de vida se veían drásticamente empeoradas... En última instancia, toda la fuerza del Estado burgués, que era necesaria para controlar socialmente a la clase proletaria, ha sido dirigida por las corrientes oportunistas bien pertrechadas en el gobierno, los comités de empresa, etc. demostrando que constituyen la barrera de protección más importante para la clase burguesa.

Como marxistas, despreciamos tanto los argumentos que pretenden que el Estado burgués pueda ser la salvación de los proletarios afectados por las consecuencias que tiene el modo de producción capitalista sobre su salud e incluso sobre su propia vida, como esos otros argumentos que afirman que la libertad, la responsabilidad individual o el derecho a decidir por uno mismo, sean valores eternos que salvaguardar contra un Estado intervencionista. En la actual crisis son precisamente las clases pequeño burguesas más duramente afectadas por esta las que enarbolan la bandera del

individuo frente al Estado. Aquellos cuyos negocios han sido clausurados por razones de salubridad y que con ello están abocados a la ruina empresarial y personal en muchos casos. O aquellos que han visto truncadas sus expectativas laborales como técnicos de la burguesía en el marco de la empresa. Todos representan a clases sociales condenadas a la ruina que emergen en los periodos de prosperidad y que son aplastadas durante las crisis, momento en el cual escupen toda su bilis sobre el individuo, la moral, la libertad... reforzando su propia alternativa política ante la clase proletaria, influyéndola en nombre de un supuesto interés común contra «la casta», «las oligarquías», «la plutocracia», etc.

Estas clases sociales, que hoy se lanzan contra el gobierno PSOE-Podemos como si este encarnase la destrucción del mundo tal y como lo han conocido hasta ahora, como si detrás de este gobierno no estuviese tanto el propio Estado burgués en el que siempre han confiado (y, en muchos casos, del que siempre han vivido) y el mismo capital nacional al que ellas pretenden representar, hablan abiertamente de anteponer el negocio a la vida humana, de evitar la ruina económica del país a costa de dejar morir a unas cuantas miles de personas más. Pero su propia impotencia económica y social las condena a la impotencia política. Su crisis particular reforzará, eso sí, la crisis de gobernabilidad que la clase burguesa arrastra desde hace años. Sumarán un factor de desorden más que, a su vez, fortalecerá las tendencias centrífugas que operan sobre el gran pacto social de 1978. Y en la medida en que el oportunismo tipo Podemos refuerce continuamente las medidas tomadas por la burguesía española para contener la crisis social, estas clases pequeño burguesas podrán aumentar su influencia entre los proletarios. En la medida en que los partidos del bloque progresista y de izquierdas, así como sus agentes sindicales y sociales, luchan por imponer una «nueva normalidad» completamente dañina para los proletarios, las consignas de esos estratos sociales putrefactos podrán tener una audiencia mucho mayor.

La clase proletaria no puede esperar un retorno al pasado. Después de la crisis de los años 2008-2013, las corrientes políticas tipo Podemos, las Mareas, las candidaturas de Unidad Popular, etc. mantuvieron la consigna de que con su llegada al poder se podría romper el pacto social de 1978 que «las élites» firmaron y mantuvieron. Llegaron al poder. Primero en los Ayuntamientos y luego en el Gobierno del país. La situación actual muestra, y sobre todo mostrará en un futuro, que estas corrientes únicamente trabajan para apuntalar el poder de la burgue-

sía sobre todos los aspectos de la vida política, económica y social a través del refuerzo de la confianza en la democracia y el Estado.

El panorama que se le va a presentar a la clase proletaria en los próximos años será muy oscuro. La crisis social no sólo le afecta a ella, el resto de clases sociales, tanto la burguesa que desde hace unos años presenta grietas en el bloque monolítico que conformó a la muerte de Franco, como lapequeño burguesa que también siente sobre sí la crisis económica, le transmiten una tensión que tiene como fin arrastrarla hacia sus distintos proyectos. La influencia de estas clases, como siempre, será completamente perniciosa para ella porque la dirigirá a defender intereses que no sólo no son los suyos sino que irán contra ellos. Pero esta influencia no se producirá espontáneamente, no vendrá de la nada. Los próximos tiempos traerán tanta presión sobre los proletarios que se darán estallidos de cólera, con una extensión más o menos amplia según las circunstancias. Estos estallidos mostrarán, al menos, que la clase proletaria existe, que tiene una fuerza social decisiva, que puede levantarse en defensa exclusiva de sus intereses de clase. Será sobre ellos que el resto de clases sociales intenten influir, poniendo en marcha espantajos como la unidad nacional, el bien común, la libertad o el individuo frente al Estado. Pero también será sobre estos estallidos que podrán destacarse sectores avanzados de la clase, capaces de recoger con su experiencia la historia de lucha del proletariado, capaces de experimentar la necesidad de defender la lucha intransigente de su clase ligada a sus jalones históricos. Capaces, en fin, de reanudar el hilo del tiempo que, a través del Partido Comunista, internacional e internacionalista, vincula a los proletarios con un pasado glorioso y con un futuro lleno de incertidumbre pero en el cual puede entreverse el triunfo.

Como marxistas revolucionarios no anhelamos la llegada de este momento... tenemos la certeza de que lo hará.

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

**[www.pcint.org](http://www.pcint.org)**

#### **Puntos de contacto**

**Madrid:** para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico:

[elprogramacomunista@pcint.org](mailto:elprogramacomunista@pcint.org)

**Valladolid:** Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).